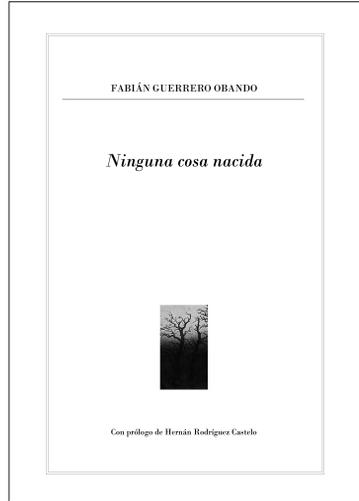


Ninguna cosa nacida

“**N**inguna cosa nacida está destinada a sobrevivir”, parece ser el rótulo que apertura el último poemario publicado por Fabián Guerrero Obando, sentencia que podría fungir como una advertencia al lector potencial de la índole de los versos que tendrá que confrontar una vez que se interne en la espesura desolada del discurso que los contiene.

Disoluciones, decepciones, renunciaciones, pérdidas constituyen el material de *Ninguna cosa nacida*, el que ha sido verbalizado bajo la convicción devastadora de que todo lo que “está siendo” en el tiempo presente, simultáneamente “deja de ser” por mandato omnímodo del Tiempo, ese depredador insaciable de toda “cosa nacida”.

“Pero su corazón había sido herido por la espalda / y sólo producía tempestades”/, expresa sobre sí el yo poético, y es a través de esta confesión que puede revelar la



causa por la cual ese río preñado de temores fobias, dudas y presentimientos que fluye inagotable bajo su intimidad secreta, ha podido abrirse paso hacia una verbalidad “agria y herida”, para mojar con sus “aguas residuales”, olorosas a sangre fermentada y a “tristeza blanquecina acumulada” su particular desierto anímico.

“La mano efímera del tiempo sobre el corazón”, ejerce presión intensa y permanente en la psiquis de un

hablante reconociblemente existencialista, como para extraer de éste hasta la última gota de amargura que destilan sus sienes, esencia de la que el yo poético se ha servido para sumergir en ella las puntas de lanza con las que se agrade y con las que agrade el cuerpo desnudo y llagado de su alta poesía.

La vejez, la enfermedad y la muerte, los tres ases bajo la manga del tiempo, son "cartas" que el sujeto lírico arroja a un tejido textual sobrio, funcionalmente preciso para comprimir en pocos versos imágenes provistas de una cruel y convincente belleza, con las que es posible toparse a cada paso: "ahí donde ya se ha hecho pus/ que se derrite en el recuerdo"/.

El color blanco, otro símbolo recurrente en Ninguna cosa nacida, acusa un contraste sugestivo con ese "efluvio rojo oscuro/ que se quema bajo un humo ínfimo"/. Uti-

lizado para tornar visible la inmaterialidad abstracta, el blanco expande sus matices insonoros por varios espacios versales, como fondo de lienzo necesario para que sobre éste cobren valor esplendente signos de intemporal prestancia retórica: "como la flor en medio de la nieve".

Los pies blancos de la muerte, calzados con zapatos de ese mismo color, dejan oír sus pasos funéreos en versos tras-pasados por el silencio, el dolor y el tiempo, términos conceptuados como "invisibles" por el poeta Guerrero, pero cuyo peso conjunto se deja sentir en ese cansancio abrumador que soporta ese "dibujo partido por la mitad/ por el que pasan todos los dibujos envejecidos"/virtual retrato al carboncillo en el que se reconoce un hablante ya gravemente doblegado por un "dolor de vivir", para el cual no existe ningún consuelo conocido, "ningún antídoto para el abandono cotidiano".



Una madre que se fue sin decir para dónde se iba, una hermana que sucumbió a los embates de un “melanoma maligno/ enorme y odioso/, unos amigos que se internaron en esa sinfonía inconclusa que es la Nada, uno tras otro, convertidos en “sombras cubiertas por las nubes” por el “árbol del tiempo que todo lo vacía”, son referentes de significado entrañable que incrementan esa atmósfera de orfandad que envuelve con su capa neblinosa un discurso sobre el cual parecería que hicieron un tránsito obligado “los pájaros suicidas de Bruselas”.

Un “bulto blanquecino” se atora en la garganta de un yo poético que envejece sentado al borde de una cama, porque “no se puede enve-

jecer en cualquier lugar”; pero es desde ahí que alcanzará a divisar por una ventana “la cubierta de un barco blanco”, ese mismo que vio pasar algunas veces “en los puntos mojados y pequeños de la infancia”; ese mismo que tácitamente se le constituye en una imagen altamente reveladora de que la vida sólo vuelve a nacer si es que entierra muy hondo, en el olvido más espeso, las cáscaras de una vida que se agotó en sí misma hasta convertirse en esa “pasión inútil” que quemó su corazón hasta límites en los que el dolor, de tan doloroso, deja por fin de doler: “solo entonces el río se hace río / y lo ilumina todo”/.

Sonia Manzano Vela